



# Traducciones malditas

**LA EXPERIENCIA DE LA IMAGEN  
EN MARX, MERLAU-PONTY Y FOUCAULT**

**(HORACIO GONZÁLEZ)**

**Puñaladas**  
ENSAYOS DE PUNTA  
**COLIHUE**

# (MEDITACIONES)

Comienzo aquí –no concluyo– un largo viaje sobre una idea ostensible y hasta cierto punto obvia. Las imágenes surgen de nuestra voluntad testimonial y del rumor obsesivo de un mundo lleno de objetos. Son el halo irrecusable que niega, homologa y multiplica la existencia. De tan antiguas, cargan un ligero estigma y se hallan en estado de prevención. Nunca están eximidas de una prohibición y sus devotos son todos, pero basta que uno las niegue para que todas queden bajo sospecha. No obstante, una luz interior perseverante las dispone siempre para el examen del encandilado, la impenitencia del artista y las teorías de la crítica filosófica. La expresión *imago mundi* carga con las suficientes notas de ambigüedad como para postular el modo, sea displicente, sea riguroso, con que nos miran dioses numerosos y dispersos cuyo nombre no conocemos. Así como nuestras actividades de sujetos poseen un simple recurso que es fácil suscitar y difícil de explicar, la capacidad de representación, pues nuestras mejores reflexiones se realizan bajo el manto de la *mimesis*. A esta palabra la rodea un clima helénico de casi aquello mismo que traía la *imago* de rumores latinos.

Pero la imagen no es la *mimesis*. Lo que la primera tiene de la representación en el modo figural que es su culminación, la otra concibe lo representable como la materia bruta que le ofrece el primer motivo para pensar, pero siempre arrastra esa misma materia, porque en el fondo ella contenía el espíritu latente y nebuloso que siempre permanece en lo representado. Muchos ya observaron que de la representación, nunca podríamos estar seguros. Representación e indeterminación van tomadas de la mano. Sudar, de no saber cómo enlazarse. Claro que sin una idea de representación no podríamos figurar la idea de hombre viviente, sintiente y hablante. No obstante, la filosofía siempre vaciló para decidir si sus inicios están en un saber sobre el saber –*nosce te ipsum*– o si deben conformarse con la enigmática actividad de representar al mundo sabiendo que en ese acto pierde mucho. No sabe cuánto. Representar es dejar entonces que “la pérdida nos mire”.

Entonces, podríamos decir que la representación es la imagen que exige la percepción –el mirar en sí–, pero también un modo de arrojarse sobre el lenguaje, nuestro propio lenguaje, para saber qué hacemos cuando hablamos. Con el riesgo de que se pierda una parte de lo que decimos. Porque es tan legítimo que se piense sobre lo que se hace, cómo aceptar, tal como siempre se ha dicho, que el orden mundanal lo consideramos en sus hechos crudos –que dilapidarían su efectiva

existencia si los interrogamos cual “intelectuales”–, mientras nos dirigimos a él o él hacia nosotros precisamente en los momentos en que deben primar los activismos sin más, la *praxis* sobre la *gnosis*. Si lo que llamamos real ya nace representando, podemos considerar que allí se originan todos los problemas filosóficos y artísticos. Pero siempre aparece alguien que dice que el representar es la segunda oportunidad que exigirá inmediatamente la mera presencia de *algo*, y así, el encadenamiento del sentido, no es sino un secundarismo emanado de los hechos primigenios y mostrencos, atados inexorablemente en el plano de la imaginación. Si es esta es “secundaria”, existe sin embargo con la duda de haber tenido progenitores carnales, ese *prius* del que siempre se duda y siempre nos llama para que lo descifremos.

Hay imágenes en el mundo y su suave algarada siempre nos envuelve. Pero también hay mundanidad en las cosas que muchas veces son su contrapartida: hay mundo cuanto más directamente nuestras facultades de conocimiento nos pongan en él como sujetos hablantes, poseedores de una lengua sin necesitar nada más. ¿Esto es así, esto es posible? Cuando ambas evidencias, de que hay un lenguaje arrojado al mundo y un ejercicio de imágenes que nos acorralan o envuelven, surge el natural deseo de que se vinculen entre sí. Quizás de ese deseo surge algo primero sin nombre, el gesto vinculante, al inicio inexplicable, pero que después sospechamos que podía ser el comienzo mismo de la conciencia.

Algo se escapa y algo se revela, si con la conciencia y sus actos pretendemos conciliar la divergencia de textos e imágenes, y hacer sobrevolar sobre ellas el llamado precioso a la unidad. ¿Quién llama entonces, la conciencia o el lenguaje? No podemos decir que aquí comienzan los problemas pues los problemas comenzaron antes o estaban desde siempre. Pretender explicar estos usos de expresiones como lenguaje y conciencia nos invita a un recorrido tal vez grato, tal vez inagotable, ante el cual nunca tenemos que resignarnos que sea imposible. Pero también puede aniquilarnos. Nuestra intuición nos alerta sobre lo frágil que es la soldadura entre textos e imágenes. Sin embargo, de apariencia inconsútil, como si una tímida linterna lo enfocara súbitamente en la noche cerrada y se encontrara sorprendentemente con la idea de que el lenguaje puede ser tanto la imagen como el texto. Pero eso ocurre por la natural extensión, desbordante e inexplicable, con que ciertas palabras están grávidas de ambigüedad y entrega. Siguen íntegras y se sobreponen sobre fenómenos diversos, a pesar que saben que recubren opuestos, que son de una diversidad inabarcable.

A veces estas proliferaciones se proclaman inescindibles, textos e imágenes en necesaria conjunción, como si una orden de incursión en una zona sombría los fusionara en esa penumbra envolvente. Pero en determinado momento esas cosas necesitan bifurcarse y establecerse en una u otra resolución de su *propio* sentido. ¿Son una cosa o la otra? Precisan saberse diferentes, aunque el desborde de una invocación –el vocablo lenguaje, que solo puede nombrarse presentado por un

elemento redundante de su propio *corpus*— rigiera todas las piezas en un orden antes integrado y que ahora quiere lucir sus diferencias.

De ahí cierto recelo justificable de los textos por las imágenes, pero este recelo no es, no puede ser, una teoría. Es apenas un sentimiento que supone la humanidad de lo humano —para algunos, el recelar es el inicio más genuino de un acto de pensamiento—, y no una característica que le adjudicamos a los que, al fin, son cosas inanimadas. ¿Los textos, inanimados? Están plenos de sentido, hasta el límite de lo inteligible, pero sí, como concepto, ellos no hablan. Dicho esto, otro problema se presenta aquí. También existe el oficio irreversible del pensar, esa intimidad que comienza cuando no podemos desprendernos de un objeto imaginario, pero admitimos que, si ese intento de desapego prosperase, puede llevarnos a un error. Sospechamos entonces que la imagen —la idea de imagen, la metáfora de la imagen— es lo que da vida al pensar. Permite que acabe siendo eminentemente real. Esto “real” no es otra cosa que una complacencia inusitada con la posibilidad de disponer sentimientos para los objetos, rescatarlos de su existencia de tales, y suponer que son ellos los que “piensan”. Es, por el absurdo, la prueba filosófica por excelencia.

El objeto existe si lo convertimos en imágenes o ídolos que se ofrecen para darles una voz prestada, una prosopopeya vitalista. No la reclaman, quisieran quedar en su mansedumbre sin conciencia, pero la voluntad humana de no sentirse abandonada en un mundo que la condena a hablar entre sí, prefiere darles la palabra. Es un juego, no sin consecuencias. Los retóricos de todas las épocas le han dado a este acto el nombre —ya dijimos esta palabra— de *prosopopeya*. Es una figura del pensar, que demuestra que pensar es también desfigurar algo, aunque como vieja entidad de la retórica (Quintiliano define muy bien la prosopopeya) consiste en diseminar la palabra o la voz entre todas las cosas del mundo. Y distribuir el arte del habla hacia las cosas que no pueden hablar. Subyace aquí una fugacidad animista.

Libros para incidir.

Relámpago de ideas sobre un cuerpo, deseo de abrir fisuras en el debate argentino.



Luego del mito de Babel nada parece seguro en el reino de las traducciones. En este libro se proponen diversos significados, además del clásico, para el acto de traducción. Si cierto momento del *Satiricón* de Petronio se puede hallar muchos siglos después en la obra de Proust, *En busca del tiempo perdido*, estamos ante un sentido amplio de la traducción. Si podemos leer *El Capital* de Marx a la luz de ciertos trazos de un libro como la *Fenomenología de la percepción* de Merleau-Ponty escrito casi cien años después, también se puede apreciar el alcance culturalmente evocativo que posee toda obra y toda imagen. Los problemas de naturaleza inquietante y apenas resolubles que planteara hace más de medio siglo Michel Foucault en torno a *Las meninas* de Velázquez nos ponen, también, ante el obstáculo de la traducción de imágenes a textos. Todos estos antiguos y nuevos temas son pasados por la escritura sugestiva y rizomática de Horacio González.

ISBN 978-987-684-679-0



9 789876 846790